

## En busca de vocación

RAFAEL LÓPEZ SORIANO

Nunca tuve vocación. Quise ser astronauta, ciclista, soldador, cupletista, alquimista y trota-mundos, sin decantarme por ninguna. La inercia hacia ningún lugar me invitó a cursar ciencias experimentales. Encontré el gusto a teoremas, corolarios e interminables demostraciones en pizarra. Me divertía desentrañar los acertijos escondidos tras la topología y las ecuaciones diferenciales. Pasaba las tardes en la biblioteca bregando con bolígrafo y papel. Expectante aguardaba los retos propuestos en los exámenes. Al convertirme en un licenciado sin saber cómo emplear su licencia, descubrí que no tenía lugar donde mostrar los conocimientos adquiridos.

Un catedrático enérgico sugirió un máster sobre análisis funcional y aplicaciones físicas. Compaginé los estudios con una beca con la que indagué en la generalización del concepto de derivada. En el momento de titularme seguía sin vocación ni asentamiento. Medité

la alternativa del sector privado, pero me atemorizaba abandonar los muros del conocimiento, alejarme de la sabiduría silente de los mamotretos que colmaba las estanterías de la biblioteca. Decían que quien marchaba rara vez regresaba.

El profesor de Cálculo Variacional me propuso realizar una tesis doctoral dentro de un proyecto que aún me cuesta esclarecer: *Flujos de curvatura media para variedades riemannianas*. Gracias al contrato predoctoral me independicé. Alquilé un estudio y pasé noche y día intentando descifrar el calado de aquellos flujos y su aplicabilidad a distintas estructuras geométricas, muchas de las cuales solo cobraban sentido en los recovecos más lejanos de la abstracción.

Los cuatro años de doctorado pasaron volando. Una mañana de primavera me encontré en una sala abarrotada defendiendo mi tesis doctoral, cuyo título omitiré para no abusar de la confianza del lector. Introduje el estado de la materia, recité nuestros resultados y traté de ofrecer una perspectiva de la estrategia argumental. A continuación, me sometí al escrutinio del tribunal. Especialmente indagador estuvo Arturo Luque, una eminencia en el campo, procedente de la Universidad de Córdoba. Sus preguntas reflejaban un torrente de entusiasmo que estuvo a punto de hacerme naufragar. En varias ocasiones creí bordear el ridículo, que mi tesis se deshacía como un azucarillo en un saladar, que ante el protocolo académico mi verdad sería brutalmente desenmascarada: solo era un impostor que

había tenido la insensatez de nadar en aguas demasiado profundas. Afortunadamente, me armé de coraje contra las oleadas, mis explicaciones surcaron el vendaval y atraqué a salvo en las orillas del sobresaliente. Fuera de la sala de defensa, mientras paladeaba las mieles de mi condición de doctor, volvió a rondarme el pensamiento de carecer de vocación, el cual empezaba a obsesionarse. Allí apareció el profesor Luque.

—Muchacho, enorgullécete, te has defendido como gato panza arriba. Espero no haberte apretado demasiado...

—No se preocupe, Arturo. Era su cometido.

—Me alegra. Hay quienes no soportan la presión y acaban teniendo pesadillas. Luego me pasan las facturas de sus terapias —bromeó el docente—. El rigor y el espíritu crítico es fundamental en nuestro cometido. ¿Has pensado qué hacer?

—Supongo que celebrarlo y descansar.

—No, muchacho, me refiero a tu carrera. ¿Qué proyectos tienes en mente? ¿*Postdoc* internacional? ¿Asentarte en España? Medítalo, este paso es decisivo para alcanzar las cotas más altas.

—No lo he pensado, Arturo. En realidad, no tengo donde ir —contesté, confirmando estar en la casilla de salida otra vez.

—Mi universidad va a abrir una convocatoria de ayudantes doctor. Me encantaría que participaras y en caso de conseguirla te enrollaras en mi proyecto.

Jamás había puesto un pie en Córdoba. Como referencias tenía su mezquita, el Guadalquivir y las lluvias de flama estivales. Siguiendo el consejo de Luque, presenté mi candidatura y resulté merecedor de una plaza en el departamento de Matemáticas, ubicado en el campus de Rabanales, al noreste de la capital. Me trasladé hasta Córdoba en busca de esa vocación que resistía a revelarse. Al menos, una de mis preocupaciones, la de establecer un destino, se había disipado. En la otrora capital de Al-Ándalus descubrí imperios debajo de sus pies, que mayo podía ser eterno, una judería de plazas y callejas que describían geometrías incomprensibles para la razón y que la alegría se servía en raciones de flamenquín y berenjena frita.

Mi llegada coincidió con la conmemoración del 50º aniversario de la fundación de la Universidad. Se trataba de una institución joven, rebotante de talento y ganas de situarse en el mapa de la excelencia. En mi faceta didáctica tuve que devolver una parte de lo que años atrás mis predecesores me habían legado. Dada mi condición de novel, asumí docencia en la Escuela Politécnica y en Ciencias de la Educación, en las que un profesor de matemáticas era sinónimo de enemigo para los estudiantes. Eran años especialmente difíciles para la universidad y el conocimiento. La inmediatez y la superficialidad que subyacían de los avances tecnológicos, la falta de expectativas y la acentuación de la desidia, sumía a parte del alumnado en una indiferencia solidificada en un consistente cascarón.

Compartí aquellas impresiones con el profesor Luque, con quien había comenzado a publicar y a engordar currículum.

—Muchacho, la juventud está fatal —contó Luque—. Tienen sorbido el seso con tantas redes sociales, series y fiestas. No les culpo, demasiada sobreprotección y condescendencia. Son más flojos que un muelle de cuerda. Pero desprecúpate, tu cometido es otro.

—¿Otro? Pensaba que nos ocupábamos de formar su raciocinio.

—Olvídate, es una batalla perdida. Tú solo contra el mundo. Acabarás quemado. Verás, muchacho, la universidad y el sistema se ordenan en una suerte de pirámide: los parias están abajo y los triunfadores arriba. Para escalar, uno no puede cargarse de remilgos. Tu misión es producir, sacar *papers* y obtener proyectos y becarios. Cuantos más, mejor. Un día te convertirás en titular y con paciencia en catedrático. Desde lo alto de la pirámide contemplarás el maravilloso horizonte, con un chalé equipado con piscina y jardín, coche nuevo en el garaje y puros habanos y whisky escocés de veintiún años de maduración en el bargueño. Incluso podrás optar a ser decano o vicerrector o retirarte a una isla paradisíaca mientras tus becarios imparten tu docencia.

Todo parecía dispuesto para que mi vocación fuera convertirme en escalador de aquella pirámide. Además, la ayuda del profesor Luque haría las funciones de arnés, cuerda y mosquetón. No obstante, cuando recibía a un alumno en tutoría y constataba que titubeaba con

el significado de convergencia, que no sabía expresar un razonamiento o que las nubes sobrevolaban su mente, olvidaba la pirámide y razonábamos en la pizarra hasta perder la noción del tiempo. Tampoco escatimé cariño preparando las clases.

Paulatinamente, mi productividad descendió y Luque perdió el interés en colaborar. No tardaría en encontrar a otro joven investigador dispuesto a ascender a la cima a pulso si era menester. He de confesar que nunca me arrepentí, pues en la base de la pirámide se encuentran los ávidos de conocimiento, los que preservan intactas las ganas de descubrir y los que mantienen el cuello flexible para cuestionarse su propio rumbo.

Y así, sin vocación inicial y mecido por la casualidad, fue cómo encontré mi cometido, la cual podríamos convenir como vocación. Ahora me encuentro cercano al retiro y la universidad ha cambiado, pero no lo suficiente como para que mi labor siga entusiasmándome cada día.

Córdoba, año 2064.